

abiertas», aparece un motivo, de implicaciones simbólicas y metafísicas, que irá tomando importancia creciente: *la respiración*, como elemento físico y que, a la vez, trasciende lo físico; como elemento que nos relaciona con el ritmo del mundo y con la armonía, con el «orden celeste»; como elemento que nos sitúa en el centro del mundo¹⁷.

Así, en el poema «Hacia el orden y la locura de las estrellas» (ASTR), el poeta expresa:

*Y ese orden celeste permite el milagro
de la respiración en nuestros pechos (pág. 61)¹⁸.*

Motivo que se constituye en elemento clave del canto XXXV (NMAN), ligado en él con elementos simbólicos, como el del centro del bosque (centro del mundo, verdadero eje fecundo y generador, a la vez que secreto), el fuego de luz, y visto como verdadera ósmosis (concordancia) entre el ser y el cosmos:

*Me he sentado en el centro del bosque a respirar.
He respirado al lado del mar fuego de luz
Lento respira el mundo en mi respiración (pág. 77).*

Respira el ser «fuego de luz». Para Heráclito, Psiqué es un alma-fuego, capaz de sabiduría; cuanto más caliente, seco y brillante es el fuego, más sabia es el alma; en el estado de fuego, el alma es rica de sentido, y es ésta su manera divina de ser¹⁹. De ahí que el poeta nos diga: «en parte aún me habita espíritu divino» (NMAN, pág. 49).

La respiración, para los presocráticos, es el principio del movimiento y de la vida de todos los seres, y de él pueden formarse infinitos seres e infinitos mundos. Para Anaxímenes, por ejemplo, el Aire es el principio primordial de todas las cosas; y es considerado por él como un protoelemento eterno, «divino», viviente, ilimitado, inextinguible, sutil, ligerísimo, penetrante, movilísimo, casi incorpóreo; todas las cosas provienen del Aire infinito y todas retornan a él. Y para Anaximandro, el alma es de naturaleza aeriforme y proviene del *pneuma* cósmico que envuelve todas las cosas y que todas las cosas respiran.

En el centro del bosque, en el centro del mundo, somos «criaturas del aire», de él recibimos nuestra música, «los silencios de fuego», nuestra sacralidad, que es purificación y es armonía. De ahí el lema que el poeta nos transmite: «Respirar y existir» (NMAN, pág. 79).

El envés de la música

Pero hay un lado de sombra que no se le escapa al poeta; un «trágico existir»; un mundo de dolor, de soledad, de guerra, de muerte; una práctica

¹⁷ Este motivo humanista del hombre como centro del mundo, presente en toda la poesía de Colinas, aparece, por ejemplo, expresado en el poema «Vigilia» (ASTR): Qué gran gozo el sentirse suspendido entre el alba y la noche, en el centro de un círculo de bordes invisibles; saberte vaciado, envuelto en una música nunca oída (pág. 81).

¹⁸ El mismo motivo vuelve a aparecer en «Dioscueros» (ASTR):

En el fondo del bosque, donde nunca estuvimos, respiramos el fuego (pág. 86).

¹⁹ Clémence Rammoux, «Los presocráticos», en VV.AA., Historia de la Filosofía 2. La Filosofía Griega, Trad. del francés de S. Juliá y M. Bilbatúa, S. XXI Ed., Madrid, 1985, pág. 13.

humana de saqueo y de expolio de la naturaleza, de lo más sagrado. Todo lo indicado aparece en la poesía de Antonio Colinas y hace que adquiera una responsabilidad moral.

También las ruinas y la muerte lo ocupan todo. La Historia está vista como un osario (NMAN, IX, pág. 25), como llena «de miedos infinitos» (ASTR, pág. 36), como un «pozo cegado y sin secretos» (JDOR, pág. 11), a la vez que está caracterizada como «violenta» (ASTR, pág. 39) y llena de dogmas y de falsos ritos (NMAN, XVI, pág. 39).

Y es que, para Antonio Colinas, el mundo y el cosmos aparecen configurados ya antes de la Historia, y la verdadera realidad es anterior a la Historia humana. En este sentido, hay que recordar cómo, por ejemplo, en la poesía de Vicente Aleixandre, en la configuración de la realidad cósmica, hay unos escalones descendentes que, de lo mineral, pasan por lo vegetal y lo animal, para desembocar en lo humano. En el poema «En la zona en que el pinar se tala» (ASTR), nos indica Colinas:

*Esta es la verdadera realidad:
la de un espacio planetario, excelso,
que alguien está fundando todavía. (pág. 82)*

Ésta es la música, sí, de que nos habla el poeta; pero tampoco se le escapa su envés:

*Mas siempre en la caverna de los siglos más negros
se ha enquistado la luz, el placer armonioso (NMAN, XIX, pág. 45).*

Porque también estamos entregados —a pesar de nuestra naturaleza divina, de los signos de inmortalidad, de que esta poesía da señas— al reino de la muerte; de ahí que el poeta hable de la «carne mortal» (NMAN, XXIII, pág. 53), «de la carne condenada y maldita» (NMAN, XVIII, pág. 44) y también de «el cadáver de dolor que seremos» (JDOR, pág. 43).

La muerte aparece, como una fuerza poderosa, ligada al amor (como en el poema «Sepulcro en Tarquinia») y a la vida, como envés de ambos. Pero a la vez se nos habla en esta poesía de elementos capaces de oponerle resistencia, de vencerla. Así, en el poema «Laderas» (ASTR), el tiempo cósmico, el tiempo detenido, esa suerte de intemporalidad de la montaña, «escupe» a la muerte:

*pues hay un tiempo detenido y cuajado en la montaña,
en el pulmón de la noche astral,
que le escupe a la Muerte. (pág. 50)*

Y, en «La ofrenda musical» (ASTR), es la serenidad humana la que ofrece resistencia a la muerte, atribulándola y atemorizándola:

*Mas tu serenidad
apacigua la vibración del aire que respiramos
y atribula o atemoriza a la Muerte, Amanda. (pág. 58)*

Naturaleza (montaña), cosmos (noche astral) y ser humano (serenidad de Amanda) levantan, así, en esta poesía, un muro contra la muerte.

Nunca es el tiempo histórico el que adquiere carácter predominante en esta obra, nunca el tiempo institucionalizado que nos rige. Está visto, por el contrario, como *tiempo cíclico* (el continuo sucederse de las noches y los días, de las estaciones...), que nos sumerge en los ritmos del cosmos, y como *tiempo mítico*, que nos sitúa en una suerte de Edad de Oro, como posibilidad, en la que podemos vivir si estamos en concordancia con el fluir del cosmos. Tiempo fuera del tiempo, más allá del tiempo, capaz también de vencer a la muerte.

En *Astrolabio*, el herrnoso poema «Cabeza de diosa entre mis manos» nos habla sobre el misterio del tiempo. Es un tiempo capaz de vencer a la Historia:

*Oscuro oboe de bruma, entreabre las venas
del mundo en esta paz y arrasa la Historia. (NMAN, 1, pág. 10)*

Y capaz también (canto XXXII de NMAN) de convertirlo todo en ruinas y de derrotar a «los más firmes dogmas».

Y en la temporalidad, en ese itinerario del hombre hacia la muerte, en ese río de sombra, el continuo fluir de *la sangre*, una presencia constante en esta poesía; sangre que alberga la luz y su reverso, elemento de ósmosis entre el ser y el todo, elemento simbólico del río de la vida en nosotros, que fluye y que nos lleva hacia al misterio, de donde, por otra parte, venimos. La sangre y el aire, con su ritmo y su música, con su fuego y su luz, mas también con su sombra. Todo el flujo que se expresa en nosotros.

Distinto y junto. Hacia la armonía

La visión dual del hombre, del mundo y del cosmos que encierra la poesía de Antonio Colinas, nos habla de una postura por parte del autor de asumir la complejidad de lo existente, dentro de una vía que conduce al conocimiento, a una abierta comprensión del todo.

En el proceso de fundación de las bases del conocer, los presocráticos fueron estableciendo parejas de contrarios, que se diferenciaban oponiéndose y se reunían dialogando. En concreto, el pitagorismo establece distintos dualismos o contraposiciones, como limitado-ilimitado, par-impar,

izquierda-derecha, masculino-femenino, quietud-movimiento, recto-curvo, claro-oscuro, malo-bueno, cuadrilátero-oblongo..., de las que derivan otras. Esta visión dual planea también en la poesía de Antonio Colinas. Y, así, sin pretender agotar las parejas de contrarios que en ella aparecen, nos encontramos con las de vida-muerte; luz-oscuridad, sombra; cosmos-caos; bien-mal; amor-dolor; conocimiento-pasión; blanco-negro; noche-aurora; realidad-sueño; plenitud-caída (ruinas)...

Pero esta visión dualista de opuestos enfrentados entre sí no se detiene ni se agota en ella misma, en una continua escisión que a nada conduce, sino al desgarramiento y a la irreconciliación. Sino que, en esta poesía, tiene un momento, un estadio, de superación en la unidad, pues todo converge hacia ella.

Y la unidad se logra por la fusión de los contrarios y por la conciliación a través de la armonía; va implícita en ello la idea de orden (cosmos), presidida por una ley universal. Tal y como expresara fray Luis de León, todo existe *distinto y junto*, todo es diferente pero a la vez puede armonizarse. En *Astrolabio*, se otorga al sueño la función de armonizar:

*Para mí el universo sólo consta esta noche
de un elemento: el Sueño. El Sueño que ha fundido
la tierra con el agua, el aire con el fuego. (pág. 125)*

En *Noche mas allá de la noche*, se nos habla también de la lucha y fusión de los contrarios, así como de la creación de la armonía:

*También en el misterio del más allá están
luchando los opuestos sin fundirse ninguno. (XXXII, pág. 73)*

*Fusión de la materia, de tiempos y de límites,
en mis ojos abiertos, en mis ojos cerrados (XXIX, pág. 66).*

*De ti brota armonía, que genera la música.
En ti nacen los números, que explican los símbolos. (IX, pág. 25)*

Y el interés del autor por la figura de Orfeo (y por el orfismo) nace de su asociación emblemática con la armonía:

Es Orfeo, Orfeo: la Armonía (JDOR, pág. 68).

Al comentar *El Libro del Tao*, indica Antonio Colinas: «Todo es dualidad en la existencia —luz y sombra, dureza y blandura— y el secreto radica en fundir esos extremos, es decir, en llegar a la *armonía* mediante la fusión de contrarios. Armonía: he aquí la palabra clave para desvelar el *Tao* y la existencia.»²⁰

²⁰ Antonio Colinas, «El Libro del Tao», en Diario 16, «Mi libro favorito», Madrid, 4 de mayo de 1989, pág. VIII.

El concepto de armonía está presente en distintas corrientes filosóficas y espirituales, como las orientales primitivas y las presocráticas, así como en las diferentes místicas. Para Antonio Colinas —tal y como ha expresado reiteradamente y como puede apreciarse en su poesía—, «la palabra clave es armonía. Creo que ésta es la clave del ser humano. [...] La armonía, muchas veces, tampoco depende del cosmos, del planeta, o de la naturaleza en que estamos, sino de uno mismo. [...] Yo creo que es algo que va de dentro afuera. Un poco también como la libertad. [...] La soledad, por ejemplo, pesa mucho, supone mucho para la armonía. Ese estado de ánimo [...] se suele dar siempre, pues, en el silencio, en la soledad. Pero, también se da a veces en el contacto con los demás.»²¹

Armonía que apunta a la unión del hombre con el cosmos, fracturada hace ya tiempo; a la superación de todo tipo de escisiones que nos toca vivir; a la superación de los contrarios; y también a la recuperación del sentido sacro de la realidad, de la vida, perdido en el transcurso de la historia. De ahí que éste nos parezca un mensaje muy radical y lúcido en la poesía de Antonio Colinas, por sus implicaciones rehumanizadoras.

Poesía abierta

No hemos pretendido, con el presente trabajo, sino esbozar algunas claves que caracterizan la poesía de Antonio Colinas y que le otorgan una posición relevante en nuestro actual panorama poético; a la vez que somos conscientes de la posibilidad de aplicar otros enfoques distintos a esta lírica.

Todo, en esta obra tan variada (Antonio Colinas, lo recordamos una vez más, es poeta, narrador, ensayista, traductor, crítico...), converge hacia la unidad. Todo en ella está motivado por unas constantes que hemos tratado de apuntar y que, a la vez que configuran un territorio poético y literario propio, conectan con algunas de las tradiciones culturales más importantes y fecundas del ser humano; de ahí su interés para el lector que busque sintonizar con una belleza que conecta con las preocupaciones humanas más hondas, de hoy y de siempre, a la vez que sintonizar la palabra poética con su propio existir; una belleza que relaciona la música de la palabra con unos contenidos plenos (no es ésta una obra de contenidos ocasionales), y que no se refugia en el alarde ni en la vacuidad.

Desde una madurez de la que ya partió, esta poesía se ha ido depurando progresivamente. Su pureza formal, su claridad, su lirismo, su tono cálido y emocionante, se han ido enriqueciendo con una reflexión adherida al sentimiento, con una esencialización de la palabra, de los símbolos, que se acercan a la purificación y al silencio.

²¹ Ángel Santiago Ramos, Entrevista citada, pág. 7.

A la vez que a esta esencialidad formal y temática, esta poesía ha seguido un camino hacia la preocupación metafísica y la responsabilidad moral. Un camino en el que el poeta, sin duda, seguirá ahondando; de ahí que consideremos la suya como una poesía abierta, de la que aún caben esperar más altos logros.

Cosmos frente al caos, la poesía de Antonio Colinas se nos aparece atravesada por un lirismo muy puro; se escucha en ella el rumor de la persona y su aspiración a la belleza; no elude la emoción ni la intensidad de la palabra; lo cordial y afectivo deja en ella sus marcas, pero siempre a través del tamiz de una inteligencia que depura y contiene; todo lo cual otorga a esta poesía una elegancia que nos transmite armonía, de la cual tan necesitados estamos.

Si tuviéramos que elegir un emblema para caracterizar la poesía de Antonio Colinas, éste no podría ser otro que el del *astrolabio* (nombre que da título a uno de sus más hermosos libros de poesía), como búsqueda y orientación, como luz para situarse en el mundo y alcanzar una belleza, que en la obra de Antonio Colinas nunca está desligada de la vida y del latido del hombre y del cosmos, que buscan ir al unísono.

Al leer obras como ésta, sentimos que la poesía sigue siendo la morada del ser, frente a tanta pérdida de lo sagrado, frente a tantos sinsentidos como nos toca soportar en el mundo. El lector —estamos seguros— sabrá completar, en su acercamiento a esta obra, el dibujo que hasta aquí hemos venido trazando, y percibir el camino que en esta poesía se traza hacia la esencialidad, hacia la purificación.

José Luis Puerto